

Teresa Wilms: druidesa, duendesa y anticristesa

La poetisa chilena Teresa Wilms (1893-1921) era una mujer tan hermosa, que cuando los poetas del Ultra y la bohemia descubrieron que era divorciada, que se había fugado a Buenos Aires con Huidobro y que había sido amante de Max Ernst en París, comenzaron a elogiar sus poemas con la secreta intención de meterle mano

POR FERNANDO IWASAKI

Con las honrosas excepciones de Concha Espina y doña Emilia Pardo Bazán, la literatura española de comienzos del siglo XX era un mundo esencialmente masculino. Sin embargo, Concha Espina y doña Emilia jamás fueron requeridas por ningún colega, ni a la salida de los teatros ni a la entrada de los ateneos. ¿Entonces por qué los comedidos escritores españoles se abalanzaron sobre Teresa Wilms cuando la poetisa chilena pisó Madrid en 1918? Basta contemplar los retratos de Teresa Wilms para descubrirlo: era bellísima, guapísima y estupendísima.

Casada desde los 17 años con un aristócrata chileno, la joven Teresa fue encerrada en un convento de clausura cuando el marido descubrió que lo engañaba con su propio primo. De aquella prisión fue rescatada por el poeta Huidobro, con quien escapó a la Argentina abandonando al esposo y a dos pequeñas hijas, para escándalo de la sociedad chilena. En Buenos Aires publicó los poemarios *Inquietudes sentimentales* (1917) y *Los tres cantos* (1917), pero de ahí también tuvo que huir cuando un joven de 19 años se suicidó por amor en su presencia. Pasó por Nueva York —donde creyeron que era una espía alemana— y así recaló en Madrid, donde creyeron que era una diosa mundana. Fue llegar Teresa y todos los santos la quisieron besar.

Los primeros en caer redondos fueron los maduritos, pues Enrique Gómez Carrillo prologó su poemario *En la quietud del mármol* (1918) y Valle-Inclán le obsequió otro prólogo para *Anuarí* (1918), donde la llamaba «druidesa», «duendesa» y «anticristesa». Fue en Madrid donde la Wilms comenzó a firmar «Teresa de la †» y como tal la mencionó Cansinos-Asséns, cuando se la presentó Joaquín Edwards Bello: «Llega al café Edwards con un grupo de jóvenes americanos, recién venidos de París, y entre ellos una joven muy bella e interesante, de grandes ojos pasiona-

les y tristes, y un gesto amargo y desdeñoso en los labios pintados. Viste de negro y sobre el descote luce una crucecita negra, que casi se pierde en el surco de sus mórbidos pechos... Teresa de la Cruz me tiende su mano bella y enojada y con las uñas pintadas de rojo, nerviosa y viril. La joven poetisa parece poseída de una pena y un desencanto universales... Al fin, Edwards y los amigos se la llevan y la autora de Anuarí se va, sin que yo pueda recordar de ella ninguna frase interesante, pero dejándome inundado de su perfume capitoso, extraño y maléfico, de flor baude-lariana».

Teresa Wilms cortó «oreja y nabo» en el Madrid de la vanguardia y la bohemia, porque Julio Romero de Torres la retrató al óleo y hasta S.M. Alfonso XIII le regaló fascinado una alhaja en forma de cruz, aunque los mejores presentes fueron las inverosímiles reseñas que le dedicaron los poetas más esclarecidos de su tiempo. Así, en *Vientos contrarios* (1926) de Huidobro leemos: «Teresa Wilms es la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia». Por su parte, Joaquín Edwards Bello la definió así en sus *Crónicas* (1924): «Una chica intoxicada de literatura y con el vicio chileno de lo trascendental». Pero fue Juan Ramón Jiménez quien se lanzó a tumba abierta: «Tú das una cosa que no es la usual, pero que puede serlo desde que tú la tocas. Tus caminos son otros, otros que son uno, uno, en el momento mismo en que tú pones en ellos tu pie; tu planta, mística tú, diferente de todas las místicas» (*La corriente infinita*, 1961).

En el verano de 1919 Teresa Wilms pasó por Sevilla, donde terminó de volver locos a los ultraístas, quienes la sacaron en procesión por la carrera oficial. Sólo así se explica el rocambolesco artículo que Guillermo de Torre escribió para la revista sevillana *Grecia* n° 40 de 1920 y que merecería en-



Retrato de la bella Teresa Wilms

EL MERCURIO

«El piropo más extenso, más enrevesado y más estéril de la historia de la literatura galante lo publicó Guillermo de Torre en la revista sevillana *Grecia* (número 40 de 1920) para impresionar a Teresa Wilms»

«En el verano de 1919 Teresa Wilms pasó por Sevilla, donde terminó de volver locos a los ultraístas»

«Fue llegar Teresa Wilms y todos los santos la quisieron besar. En Sevilla la sacaron en procesión por la carrera oficial después de cortar oreja y nabo»

trar en el libro *Guinness* como el piropo más extenso, más enrevesado y más estéril de la historia de la literatura galante. Dijo así Guillermo de Torre en su «Fémina sugerente: el espíritu sideral de Thérésé Wilms» (favor de abrocharse los cinturones):

«Como una leticia diabla, adivinada entre las volutas elípticas de un sueño de *haschisch*, como una undívaga reencarnación de la gentil Anticristesa que vio Rubén Darío en *Rachilde*, se eleva hoy en nuestro círculo de tórridas inquietudes la esfígie sugerente, mística y féerica de Thérésé Wilms Montt... Alma incógnita, viajera y extrarradial, que trasciende en una ósmosis fluída a la variedad de su vida epistémica, desconcertante y libérrima. Ante el espectáculo mirífico de su existencia y de su literatura suntuarias, una nube de dardeantes interrogaciones obsede mi mente: ¿De qué lejanos horizontes se desprendió la figura sideralmente femenina de Thérésé? ¿Qué ardorosas e incendiadas latitudes tropicales forjaron su cálida alma de heroína siglo XX? ¿Qué trayectoria ha dibujado zodiacal-

mente su espíritu hasta devenir hoy hiperestésicamente posesa? ... ¡Oh, el misticismo andrógino de Thérésé! ¡Oh, la indescifrable veta teresiana, que por virtud de un atavismo ibero, jaspea su espíritu, en tangencial paralelismo con franjas de refinadísima amoralidad! ¿Comprendéis la fuerza imperativa de su misticismo epicúreo (!), en el torbellino de sus embriagueces intelectivas? ¿Comprendéis que, en su hiperestesia psíquica, Teresa de la † se orne de una nébula teosófica, y presenta su transmigración en líricos avatares? ... Impulsada hoy hacia nuestras latitudes por el polirrítmico oleaje de su vida, permanece entre nosotros saturada de nostalgias índicas y deseos viajeros... ¿Hacia qué hemisferio nordestará -¡oh, Thérésé!- la brújula cardíaca de tu vida velivolante? Hay una palor de desencanto en nuestros corazones, al presentir el día de nuestro incógnito esfumamiento... Con sus ojos iónicos ella descubriría bellos horizontes hiperdimensionales, forjaría nuevos módulos exaédricos, e irradiaría núbiles lirismos creacionistas, logrando su ultra triunfal». Dos conclusiones: Primero, una vez más queda demostrado que en ningún otro sitio se piropea como en Sevilla. Y segundo, si Guillermo de Torre hubiera sido crítico flamenco, sin duda habría muerto asesinado.

Teresa Wilms se suicidó en París a los 28 años y cuando la noticia llegó a Madrid Gómez de la Serna se despachó así en *La sagrada cripta de Pombo*: «Fue una mujer hermosa a la que persiguieron los hombres, chocheando visiblemente algunos escritores al perseguirla. Firmaba Teresa de la † para embobamiento de los empecatados». Muchos años más tarde, César González Ruano también evocó a la hermosa chilena en *Mi medio siglo se confiesa a medias*: «Era bellísima y estrafalaria. Pasó por nuestra ciudad sus locuras, su capa inverosímil, la calavera de su primer amante y sus excéntricas de morfínomana».

¿Qué pensarían Concha Espina y doña Emilia Pardo Bazán cuando leyeron los prólogos y reseñas que Valle-Inclán, Gómez Carrillo, Huidobro, Juan Ramón, Edwards Bello, Gómez de la Serna, Cansinos-Asséns, González Ruano y Guillermo de Torre le dedicaron a Teresa Wilms? Eso no está en los escritos.

Teresa WILMS: *Anuarí*, prólogo de Ramón del Valle-Inclán, Imprenta y Papelería de M. Martínez de Velasco (Madrid, 1918).

Guillermo de TORRE: «Fémina sugerente: el espíritu sideral de Thérésé Wilms», en *Grecia* año III - n° 40, Sevilla 20 de febrero de 1920.